

Almas y paisajes

por Manuel Bueno

La diligencia detúvose en unos de los tramos de la carretera, á cosa de una legua de la aldea. Era la diligencia un camatoste sin el garbo de los vehículos modernos, mezquinamente dotado con seis hileras de bancos paralelos, en los cuales podían acomodarse hasta cuarenta personas.

La imprevista suspensión del viaje, motivada, según advirtiera el mayoral, por un accidente del tiro, contrarió á los ó tres pasajeros. Una de las mulas habíase caído de rodillas al tope en lo alto del camino, y ni los mazorrales requerimientos del cochero ni el ejemplo obediente de sus compañeras de esclavitud, las otras mulas dispuestas á arrancar, pudieron sobre el rendido cuadrúpedo. Jadeaba con tal ansiedad, que el mayoral apresuróse á desengancharlo.

Libre va la mula de los opresores aparejos tumbóse después al arribo de los peñascales que deslindan la carretera del monte, y cerró los ojos con soñolienta mansedumbre, quedándose inmóvil. De cuándo en cuándo una dilatación de los bellos certifica la vida del animal.

Restituidos los pasajeros á la diligencia, emprendióse la marcha al trote acelerado, como para ganar el tiempo perdido. El accidente de la mula abandonada alentó las conversaciones á todos, derramando en el coche una temporal atmósfera de familiaridad.

Esos pobres animalitos de Dios trabajan mucho y comen poco—dijo un cura que había subido en Guernica.

—Yo creo que no es el hambre sino la sed la que ha tumbado á la mula. No se puede apechugar con un acuesta teniendo el gznate seco...

